

Señoras y señores:

Me imagino que les extrañará verme aquí arriba, vestido correctamente a la occidental y dirigiéndome a ustedes en su idioma. Imagino también que imaginarán que esa es precisamente la razón por la que he sido invitado hoy aquí: para contar mi historia.

Sin duda alguna soy un caso único en el mundo porque teniendo todas las características propias de mi especie hay algo que me hace diferente, y no me refiero al hecho de dar conferencias y escribir en varios medios de comunicación, sino a que me desenvuelvo en tierra firme con bastante soltura. Eso, estarán ustedes de acuerdo conmigo, me transforma en un personaje especial tanto a éste como al otro lado de la costa.

Se preguntarán cómo pasé de un medio a otro, cómo se realizó este cambio. Es fácil. Para la aceptación social basta en principio con copiar la apariencia de los que te rodean. Todo cambio comienza con una primera fase de imitación y para un animal de otra especie imitar a un ser humano es relativamente fácil. Ya en la vieja nomenclatura de tipos frenológicos humanos se confirmaba que todas las morfologías animales conviven dentro de vuestra especie. Sólo tienes que asumir a qué «grupo» podrías pertenecer e imitarlo. Una vez dentro de una comunidad podrás observar con más detalle, imitar comportamientos, costumbres, lo que comen, lo que dicen o con qué órgano respiran. Esto último evidencia que algunas cosas son más difíciles que otras. Pero no todo se ciñe a imitar y aprender, por ejemplo, algo tan simple como permanecer sentado largo rato es algo que llevo mal, aunque no tanto por mi morfología como por mi temperamento. Poco más o menos lo mismo me pasa con ir vestido. Tengo que tolerar la ropa si quiero vivir en sociedad y eso saca a la luz una de mis contradicciones innatas: necesito estar sin ataduras, ir desnudo, sentir el aire sobre mi piel, pero la única forma que, al menos de momento, he encontrado de trascender por encima de mis congéneres es viviendo dentro de esta sociedad vuestra, próximo a los centros de poder, procurando que se conozca mi labor, que se escuche mi voz, y para eso lamentablemente necesito estar completamente vestido y, lo que es peor, correctamente calzado.

Al principio, como pueden imaginar, me resultó un poco difícil ser aceptado, como le ocurre a cualquier extranjero, que perteneciendo a una cultura diferente le cuesta más integrarse y muy especialmente en mi caso, debido a las diferencias formales que poseo con respecto a las taxonomías convencionales con las que en Occidente se clasifica a los foráneos, vale decir, negro, latino, asiático o árabe. A veces tuve que mentir, ocultarme e incluso intimidar a otros. Eso, debido a mi aspecto, convendrán ustedes que no me cuesta demasiado. La solución la encontré en la gran metrópoli, donde a nadie extraña la apariencia o el olor del recién llegado y se puede circular discretamente sin papeles que demuestren que tu nacionalidad es ésta, que está limpio tu expediente policial y, en mi caso, que eres un ser humano.

Cuando salí del mar tenía una gran necesidad hablar, de contar mi historia, de *desahogarme*, si me permiten la ironía, y fue en los bares del puerto donde encontré las primeras muestras de comprensión, si bien es cierto que en estos lugares conocí a alguna gente interesante, nunca encontré a nadie con los contactos necesarios o lo suficientemente sobrio como para hacer que esto no pasara de ser una válvula de escape. Si a esto añadimos que en esos primeros días de mi existencia terrestre no

estaba yo muy presentable, se comprenden mejor estas dificultades iniciales y aquí tengo que reconocer que mal vestido tengo peor aspecto a los ojos de los humanos de lo que yo mismo podría desear.

Allá abajo todo era distinto, yo no solo era aceptado y podía relacionarme tranquilamente sino que, si lo deseaba, podía pasar completamente desapercibido. Así gozaba de la mayor tranquilidad que puede tener un ser vivo en su ambiente: la de ser igual a los demás. Pero es evidente que enfrentarme a este reto valía la pena. En tierra podía desarrollarme intelectualmente, contrastar mis conocimientos, ampliarlos, aprender cosas nuevas, desarrollar opiniones propias y, sobre todo y lo más importante: expresarlas en voz alta. En el agua podía nadar, flotar o sumergirme a mi antojo, ya lo dije, pero allí abajo la evolución avanza con una lentitud de vértigo y yo no podía con ello. Así es que aposté por el cambio radical empezando desde abajo, desde los muelles, desde las tabernas, es decir desde cero. Partiendo del sabio precepto de que hasta en el infierno se puede aprender algo nuevo, me apliqué — prestos los oídos, la paciencia y con una botella de vino siempre a mano— primero a escuchar y luego a hablar, porque ya se sabe que los borrachos siempre tienen su propia historia que contar y sólo te escuchan para retenerte a su lado y así poder tener, en cuanto puedan interrumpirte, una oreja que les escuche para largar sus siempre interesantes salmodias. Así es que me relajaba, pagaba otra ronda y esperaba mi turno o bien hacía como hacen ellos: seguía hablando, haciendo caso omiso a la otra voz, hasta que uno de los dos se cansaba y el otro podía continuar su inspirado monólogo.

Para mí lo importante en ese momento era hablar, poner en orden mis ideas, verbalizarlas para poder sintetizar enunciados, estructurar ideas y destilar la esencia de los conceptos para cuando llegara la hora de exponer al mundo mi caso, es decir, me preparaba para lo que estoy haciendo ahora mismo ante ustedes, que es revelar mi naturaleza excepcional.

Porque he de confesarles que aunque soy un koi al que le gustaría comparar su temperamento con el de un lucio, dentado y peligroso, en realidad mi idiosincrasia está más cercana a un shubunkin de pecera redonda, misántropo, cauto y sobre todo mudo. Yo me he planteado socializar con vosotros como un deber para con mi especie, el deber de explicar mi evolución a los hombres por ser el mío un caso extraordinario y levantar la voz, como si de una cruzada se tratara, para exigir respeto y dignidad para todas las especies subacuáticas aunque sólo sea por el temor que mi presencia infunde, porque —y he aquí mi revelación— lo que me hace único entre todas las criaturas del reino animal es una capacidad terrible de la que estoy dotado: Soy un pez explosivo.

Lógicamente, no puedo hacer ante ustedes una demostración para que crean dicha afirmación, ya que lo empírico me destruiría instantáneamente, por tanto sólo puedo contar con el beneficio de la duda, o dicho de una forma más religiosa, con la fe de los que me rodean, fe sumada al temor de que mi potencialidad sea verdadera, y por tanto letal, para quienes traten de constatarla. Como en vuestros mitos griegos, cuando la humana Semele, embarazada por Zeus, consiguió hacerle jurar al padre de los dioses que le daría una demostración fehaciente de su naturaleza sobrenatural, es decir, presentándose ante ella exactamente como lo que era, un dios. Éste se vio obligado a cumplir su juramento apareciéndose ante ella en todo su esplendor divino, matándola al instante con la llama ardiente que generaba su presencia. Así pues diré que, aun sin ánimo de compararme con los olímpicos, mi caso es muy similar. Soy un peligro para

los incrédulos y por eso, desde que descubrí esta capacidad mía de modificar mi estado de sólido a gaseoso, o sea de estallar a voluntad, mi vida y mi trabajo se han centrado en dar a conocer al mundo mi singularidad y no tanto por ser un pez explosivo como por ser el único de mi especie que ha sobrevivido a su cualidad explosiva para poder contarlo.

Porque si bien es cierto que me he reproducido con éxito, engendrando varios miles de vástagos de uno y otro sexo —con mi misma capacidad—, hasta hacía poco ninguno de ellos había nacido con el autocontrol necesario para tomar conciencia de la importancia de esta sensible variable de nuestra especie y, a la primera de cambio, por un simple disgusto, un enfado o el miedo al verse acorralados por un pez superior, explotaban, desperdiciando su tremendo potencial de energía, esa maravillosa cualidad de la que fuimos dotados, en la defensa inútil de la abeja, que muere para salvar su vida, que como método de defensa, reconocerán ustedes, es el más estúpido de todos: la salvación a cambio de inmolarse. Sin embargo por fin, ahora, puedo afirmar a la humanidad que ya somos miles, nadando en las aguas territoriales de su hermoso país, los peces explosivos que hemos tomado conciencia del incomparable valor de poseer esta capacidad nuestra y pensamos hacerla valer. Por tanto quiero hacer desde aquí un llamado a los ictiólogos, a los oceanógrafos e incluso a los limniólogos, para asegurarles que desde los trabajos del insigne Rondeletius —con su tratado *De Piscibus Marinum* en tiempos del Renacimiento— hasta la actualidad no se ha descrito ninguna especie con características similares a las nuestras. Por eso salí del agua y decidí ser algo más que otro de los miles de millones de antozoos que suben, bajan y se dejan arrastrar por las corrientes con la única función de comer, reproducirse y morir, y ascendí como un pez orgulloso de mi especie para mezclarme con el cardumen de vuestra especie que, si bien no es la especie superior sí es la más temida, para ofrecer al mundo, ¿por qué no?, esta cualidad nuestra tan especial.

Cuando por fin encontré un interlocutor realmente interesado en mi historia, en mi problema, y sobre todo en mi don especial, pasé horas enteras hablando con él e intentando explicarle coherentemente mi capacidad de explotar y que esta capacidad es debida a mi estructura molecular. Nuestros científicos subacuáticos, sí, me refiero a los que son de mi misma especie, o sea peces como yo, concentraron todos sus esfuerzos en explicar y dilucidar nuestra condición desde que hicieron el sorprendente descubrimiento de que *no* todas las especies que viven bajo el agua eran capaces de explotar a voluntad.

A raíz de dichas investigaciones se descubrió que en nuestro ADN se encuentran composiciones similares a las de especies minerales habituales en los fondos marinos como son el salitre, el azufre y el carbón. Es decir, que en mi organismo poseo aunados todos los elementos que conforman la pólvora. Hasta ahí todo podría parecer sencillo pero aún hay algo más, ya que tener la *posibilidad* de explotar no significa *poder explotar* ya que, como bien saben ustedes, la pólvora en sí no explota, sólo se quema, lo que explota es el recipiente donde está. Los gases que genera la pólvora al arder en un espacio muy reducido comprimen el oxígeno produciendo una gran presión contra las paredes. Eso es lo que explota. Para que esto ocurra, el recipiente, que en mi caso es todo mi cuerpo, tiene que estar herméticamente cerrado y, a la vez, producir una combustión lo suficientemente rápida en los componentes nitrosos, puesto que, de ser demasiado lenta solo ardería, sin llegar a explotar y, como ya he dicho, yo no soy un pez que arde, soy un pez que explota. Y exploto no porque en el

extremo de mi cola tenga una mecha de mecate sino que yo mismo soy el explosivo y el detonador. Esto, he de confesar, es una de las cosas que más me halaga, ya que al mecanismo de detonación también se le llama *iniciador*. ¿Y qué es un iniciador sino el principio de algo? Y así me siento yo, queridos oyentes, no sólo un ser único, sino también el primero de un nuevo orden mundial, puesto que mantengo intacta mi capacidad de explotar a voluntad, aun a pesar de llevar largo tiempo relacionarme con humanos, pudiendo así elegir mi destino final y el de cuantos estén a mi alrededor, como es el caso de ustedes en este momento. Pero tranquilos. Les aseguro que no hay por qué preocuparse. Mi ferviente deseo es que la buena nueva de la existencia de los peces explosivos sea la que se propague, no mi onda expansiva.

Para quien pudiera tener interés en cómo funciona el mecanismo orgánico-explosivo que poseemos los peces explosivos trataré de explicarlo de forma sencilla:

Según nuestros anatomistas los peces explosivos tenemos bajo la espina dorsal unas glándulas compuestas, llamadas *saccarum*, que generan nitrato de potasio, azúcar y ferróxido de aluminio. Dichas glándulas se encuentran directamente conectadas al sistema nervioso. Cuando el pez explosivo pone en marcha su capacidad explosiva primero envía una chispa electromagnética desde su *pulvis vacua* a la válvula llamada *piriutiona*, habitualmente cerrada. Al recibir el estímulo magnético dicha válvula se abre, conectando, a través de un vaso llamado *el Pasillo de Olive*, las glándulas *saccarum* con la *glama*, que es el órgano en donde se depositan los elementos nitrosos sensibles —generados rápidamente por la *saccarum* en caso de estímulo nervioso reiterado— y quedan flotando en una solución retardadora compuesta básicamente por peróxido de hidrógeno, es decir, agua oxigenada. Cuando ambos fluidos convergen y entran en fusión, se produce benzoquinona que, al generar temperaturas altísimas, deshidratan el *agua oxigenada* de la solución inhibidora, activando una primera deflagración, que vendría a ser como la chispa de una bujía para un motor, en *la Navaja de Ockham* lo que hace arder al instante los compuestos nitroso-carbónicos hasta generar un núcleo de alta densidad térmica.

Entre tanto —y esto seguramente sea lo más interesante— se ha activado en otro lugar de nuestro organismo la *fóvea menor*, que secreta por las células epiteliales óseas, una mezcla de las enzimas *catalasa* y *peroxidasa*, produciendo en los contornos de las escamas de la piel un crecimiento acelerado, soldando éstas entre sí. A la vez, en la *fóvea mayor* se dispara la hidroquinona, que interviene en la síntesis de la quitina —que es un producto característico del metabolismo de los moluscos—. Ambas sustancias unidas hacen que, en apenas unos milisegundos, todo el exterior del cuerpo del pez explosivo mute en un verdadero exoesqueleto, muy similar al de los cangrejos, pero herméticamente cerrado en sí. Blindado. Como una bomba de profundidad. En su interior, se produce entonces el mecanismo convencional ya explicado: los gases producidos por la combustión acelerada comienzan a comprimir las paredes cerradas hasta que los gases generados por los nitratos carbónicos estallan, con una fuerza equivalente al peso de mi cuerpo, en mi caso unos 60 kilos, de explosivo plástico.

Tras esta explicación sobre mi explosividad creo que puedo suponer que la mayoría de ustedes ya habrá llegado a la conclusión de que no sólo soy una bomba viviente sino que, además, soy una bomba inteligente.

Sin embargo hasta ahora solo he podido contarlo a pequeñas audiencias, como hoy ante ustedes invitado por vuestra distinguida Asociación Cultural, porque hasta la

fecha ninguna Academia solicitó de mí que escribiera mi propio informe, como al célebre Peter el Rojo, y tengo que confesarles que cuando cayó en mis manos el Informe de este simio ante la Academia de Medicina, mi corazón pegó un vuelco. Era otro animal salvaje en la misma situación que yo, que, tras muchas penurias, quizás tantas como yo, por fin consiguió que su caso fuera reconocido por los humanos como objeto de estudio y que esto le permitiera vivir desahogadamente. ¡Y con qué pasión lo cuenta en su Informe! Sin embargo, viéndolo ahora, con perspectiva, aunque me sienta hermanado en lo vivencial con su aventura o comprenda en muchos momentos la melancolía de Peter, creo que mi caso es infinitamente más interesante e incluso más útil para la sociedad. Al fin y al cabo él sólo podía hablar y razonar.

Por eso yo desde aquí les pregunto a aquellos académicos ¿Qué le podría ofrecer Peter a la humanidad aparte de retrasmir su idiosincrasia simiesca, es decir, dar conferencias? ¿Un simio de music-hall, como él, sería útil para algo más que para ser objeto de estudio? ¿Crearían a partir de él una raza de monos parlantes entrenados para tomar decisiones elementales, como que el destornillador se coge por el extremo del mango de plástico y que la punta metálica es para aplicarla a la muesca del tornillo? Podía ser. Pero eso no es nada comparado a lo que yo puedo ofrecer.

¿Podrían hacer de él, por inteligente que él sea, una fuerza de presión necesaria en una crisis política o bélica? No. Sin embargo, imaginen ustedes un mundo en el que, ante un conflicto, el gobierno envía a media docena de negociadores de mi especie, que en caso de tensión podrían llegar a explotar. ¡Como arma de paz sería fantástico! Ningún dictador querría vérselas con unos observadores internacionales explosivos en el referéndum amañado que planea. ¿Qué cónsul en Oriente Medio no querría tener un secretario explosivo a su lado, por lo que pueda pasar? Qué embajadores, pongamos por caso, serían más cotizados ¿Eh? ¿Los embajadores que supieran usar un destornillador de manera adecuada o los embajadores explosivos? Creo que está claro: Todos ustedes preferirían un embajador explosivo. Por no hablar del policía explosivo, el abogado explosivo o una fuerza militar explosiva por sí misma, que no requiriera usar armas. ¡Sería la bomba!

Piensen, pues, seriamente los gobernantes en el inmenso servicio que los peces explosivos estamos dispuestos a ofrecer a la paz mundial porque, señoras y señores, esta es precisamente la primera misión que me he dado: Pedir a las autoridades que admitan las solicitudes para regularizar la situación de miles de mis congéneres que en este preciso momento están cerca de sus costas, esperando noticias mías, dispuestos a aterrizar desde las profundidades del mar. Solicitar que sus capacidades sean reconocidas por el gobierno de su país, ya que, en caso contrario, podría darse la nada deseable situación de que este gran contingente de peces explosivos decidiera emprender acciones dirigidas a hacerse con el control de la sociedad humana y de sus estamentos por la vía de la fuerza.

Por tanto quiero invitar desde esta tribuna a sus mandatarios, para que se reúnan conmigo para determinar las condiciones de acogimiento por la vía pacífica, otorgando a los peces explosivos la nacionalidad de su país y un puesto de trabajo a la altura de su enorme potencial e invitar también a todas las naciones a que evalúen los múltiples beneficios que esta decisión conllevaría, beneficios todavía pendientes de ser cuantificados en toda su amplitud pero que, sin duda, serán de incalculable valor estratégico y científico.

Aunque es evidente que los peces explosivos no hemos elegido nuestra condición explosiva, sí hemos elegido a la comunidad humana para ponernos a su servicio, de

manera que les pedimos que no desestimen la gran suerte que significa estar en el mismo bando en la que podría ser una Nueva Era de colaboración entre peces y hombres. Una unión de la que ambas especies saldrían fortalecidas, considerándonos todos, peces y hombres, dignos ciudadanos del mundo.

¡Hagamos uso ya de esta posibilidad con inteligencia y sentido común y trabajemos unidos porque el futuro no va a esperar por nosotros!

Para reforzar esta idea y terminar mi charla, ahora que mis asistentes me confirman que las puertas del auditorio están cerradas, quiero pedir la amable colaboración de alguien del público, un voluntario. Usted mismo. Al que quiero solicitar use este teléfono para llamar al número que aparece ahí. Sólo tiene que pulsar el botón verde, el verde, sí, gracias, y decir a su interlocutor que de esta sala no va a salir nadie hasta que se garantice la libre circulación de los peces explosivos y la igualdad de derechos entre los peces y los hombres, a menos, claro, que todos ustedes quieran explotar conmigo.

Que lo sepan todos: ¡Soy un pez! ¡Soy un ciudadano del mundo! ¡Viva la república!